

## CONTINUACIÓN DE LA 1ª SESIÓN DE PRÓRROGA EL 4 DE OCTUBRE DE 1901

### PRESIDENCIA DEL SEÑOR BENITO VILLANUEVA

**SUMARIO:**—Asuntos entrados.—Se concede licencia para faltar á veinte sesiones al señor diputado E. Godoy. —Aprobación sobre tablas del dictamen de la comisión de agricultura en el proyecto de minuta de comunicación del señor diputado Cantón sobre permuta de terrenos de la Chacarita.—Continúa la consideración del dictamen de la comisión militar en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

#### DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Atgerich, Astrada, Balaguer, Balestra, Barraquero, Barraza, Barroetaveña, Beldeirain, Bénédict, Bertrés, Berrondo, Billordo, Bollini, Bouquet Roldán, Calderón, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Carreño, Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Demaría, Echegaray, Ezquer, Ferreyra, Ferrari, Gálvez, Garzón, Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gouchon, Helguera, Hernández, Lacasa, Lacavera, Lagos, Lartigau, Leguizamón, Leiva, Loureyro, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Outes, Pabelo, Parera (F. M.), Peña, Pérez, Quintana, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Tissiera, Torres (R. F.), Torino, Torres, Ugarriza, Videla, Villanueva, Vivanco (P.), Vivanco (R.), Yofre.

#### AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Godoy (E.), Olmos, Varela Ortiz, Zavalla.

#### CON AVISO

Carbó, Castellanos (J.), Dantas, Falcón, García, Iriondo (M.), Lassaga, Palacio, Vedia.

#### SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Avellaneda (M. M.), Bores, Bruchmann, Casares, Castellanos (A.), Fonrouge, Gigena, Gómez (M.), Iriondo (U.), Laterrère, Loveyra, Luro, Parera (R.), Rivás, Santamarina, Sarmiento, Ugarte, Usandivaras.

—En Buenos Aires, á 4 de octubre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba

anotados, el señor presidente declara reabierto la sesión, siendo las 4 p. m.

### ASUNTOS ENTRADOS

#### DESPACHO DE LAS COMISIONES

—La comisión de agricultura se expide en el proyecto del poder ejecutivo sobre libre introducción de vegetales y semillas, y en el proyecto de minuta de comunicación al poder ejecutivo, presentado por el señor diputado Cantón, referente á la permuta de los terrenos de la Chacarita de los colegiales por otros en Liniers.—(A la orden del día.)

#### LICENCIA

Buenos Aires, octubre 4 de 1901.

*Señor presidente de la honorable cámara de diputados de la nación.*

Teniendo urgente necesidad de ausentarme de la capital, tengo el honor de dirigirme al señor presidente rogándole quiera recabar de la honorable cámara permiso para faltar á veinte sesiones.

Saluda al señor presidente con su más distinguida consideración.

*E. Godoy.*

**Sr. Presidente.**—Como es de práctica, se tratará sobre tablas este pedido de licencia.

—Se concede, con goce de dieta.

## PERMUTA DE TIERRAS

## CUARTELES DE LINIERS

**Sr. Coronado**—Pido la palabra.

Dada la gravedad é importancia del asunto de que trata el despacho de la comisión de agricultura, referente á los terrenos de la Chacarita, y la necesidad que existe de que el poder ejecutivo y el Congreso lo esclarezcan, hago indicación para que sea considerado sobre tablas.

—Apoyada esta moción se vota y es aprobada.

A la honorable cámara de diputados.

La comisión de agricultura ha estudiado la minuta de comunicación presentada por el señor diputado Cantón, y por las razones que dará el miembro informante, os aconseja la sanción de la siguiente en su substitución.

«La honorable cámara de diputados vería con agrado que el poder ejecutivo se sirviera remitirle todos los documentos y antecedentes que se refieren á la permuta de los terrenos de la Chacarita de los colegiales, por los de Liniers».

Sala de la comisión, octubre 4 de 1901.

Garzón.—Claros.—Carreño.—Ferreira.—Curvasco.

**Sr. Garzón**—Pido la palabra.

La comisión, señor presidente, después de estudiar la minuta de comunicación propuesta á esta cámara por el señor diputado por Tucumán doctor Cantón, para que sea dirigida al poder ejecutivo, pidiendo los antecedentes de la permuta de los terrenos de la Chacarita por los de Liniers, ha creído que con la que aconseja es suficiente para llenar los fines que se proponía la otra.

Voy á indicar ligeramente los inconvenientes que la comisión ha creído que tiene la minuta del señor diputado Cantón, tal cual él la había presentado.

En ella se preguntaba si eran exactas las denuncias publicadas por el diario *La Prensa* sobre permuta de los terrenos de la Chacarita de los colegiales por los de Liniers:

Esta pregunta queda resuelta con pedir los antecedentes y ver si son exactas ó no.

El temperamento de la comisión es más correcto y se aviene mejor á las atribuciones de la cámara, de poder pedir los antecedentes de un asunto cualquiera, para saber el grado de verdad que puede haber en las denuncias que se hacen, de procederles incorrectos. Pidiendo los antecedentes, vamos á ver todo lo que hay en este asunto, el grado de

verdad de las denuncias y todo lo que se relacione con él.

Ha creído la comisión que era bastante con esto, por lo que aconseja á la cámara que sancione el proyecto de minuta que ha presentado en substitución del que propuso el señor diputado Cantón; y creo que el señor diputado por Tucumán no ha de tener inconveniente en aceptar este temperamento, puesto que llena los objetivos que él se proponía, de que la cámara tome conocimiento de ese asunto.

**Sr. Lacasa**—Pido la palabra.

Voy á votar por la minuta de la comisión, porque precisamente hay un punto en la del señor diputado Cantón con el cual no estoy conforme, y es aquel en que establece que las cámaras durante la prórroga no tienen todas las facultades que son inherentes al ejercicio de sus poderes. Quiero que conste mi voto en este sentido.

Quería salvar mi opinión sobre este punto.

—Se aprueba en general y en particular el despacho en discusión.

## ORDEN DEL DIA

## ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

**Sr. Presidente**—No habiendo otros asuntos entrados, se pasará la orden del día.

Continúa la discusión del artículo 3º del proyecto de ley de organización militar de la nación.

—Ocupa su banca en el recinto el señor ministro de la guerra, coronel Pablo Riccheri.

**Sr. Ministro de la guerra**—Pido la palabra.

Después de las observaciones hechas en la última sesión al artículo 3º del proyecto presentado por el poder ejecutivo, con el agregado propuesto por el señor miembro informante de la minoría de la comisión, creemos haber encontrado una nueva fórmula que dará satisfacción completa á la honorable cámara, y satisfará al mismo tiempo los deseos del poder ejecutivo, que considera indispensable este artículo para conservar en la ley la armonía que debe existir.

El nuevo artículo que proponemos es el siguiente: «Nadie podrá ingresar en adelante al ejército nacional, en carácter permanente, si no es argentino ó naturalizado argentino.»

Ese agregado: *en carácter permanente* da plena satisfacción, porque permite al poder ejecutivo admitir en tiempo de paz los individuos que tenga necesidad de contratar para dar instrucción superior en el ejército, ó clases, si fuese necesario, para algunos cuerpos, como los andinos, y al mismo tiempo permitiría, en caso de una movilización, aceptar el concurso que pudiera serle ofrecido por extranjeros amigos de nuestro país ó que él creyera necesario emplear; porque tanto los primeros como estos segundos no serían admitidos sino en carácter transitorio, y quedarían entonces formando el ejército permanente sólo aquellos individuos que siendo argentinos ó habiéndose naturalizado tuvieran derecho de permanecer en él, conservando su estado militar con todos los derechos y las obligaciones inherentes.

**Sr. Olivera**—Pido la palabra.

El objeto evidente de la modificación que se ha propuesto á este artículo de la ley es dejar abierta la puerta al poder ejecutivo para que en cualquier época haga con los extranjeros que se ofrezcan para el ejército lo que más conveniente le parezca. Ningún artículo, por consiguiente, puede reemplazar esa libertad en forma tan amplia como el no hacer figurar ninguno en la ley. Si el ejecutivo piensa que puede ocurrir la conveniencia de admitir extranjeros en el ejército, tiene que pensar también, si es lógico, que la mayor libertad que se le acuerde en ese sentido es lo que más le conviene.

No comprendo, entonces, la insistencia del señor ministro en querer hacer figurar en la ley un artículo por el cual se traba esa libertad.

La primera proposición podríamos definirla así: que es una traba completa; la segunda proposición, es decir, la de la minoría de la comisión, en agregar á los argentinos naturalizados, «los asimilados» es una traba incompleta; la tercera proposición, que presenta ahora el señor ministro, es una traba igualmente incompleta, pero todas trabas. La clasificación de permanentes, transitorios, para la categoría de ciertos soldados, es una nueva silueta que se incorpora á las tres de que ya se compone ahora el organismo de este proyecto. ¿Qué necesidad tiene el poder ejecutivo de que en la ley se haga esa diferencia de que aceptaría transitoriamente á los extranjeros ó que los aceptaría permanentemente? Si lo mejor es

que los acepte como le convenga, no los puede aceptar sino como enganchados, puesto que la ley de conscripción no los comprende: luego, cuando los toma como enganchados, los toma en el número y en las condiciones que en determinadas circunstancias le parezca bien. De modo que no acepto tampoco esa modificación, y votaré simplemente por el rechazo del artículo propuesto primitivamente por la comisión, entendiendo que esa es la mejor manera de dejar en libertad al poder ejecutivo para que haga lo que entienda ser más eficaz para el ejército.

**Sr. Demaría**—Pido la palabra.

La minoría de la comisión acepta el artículo propuesto recientemente por el señor ministro de la guerra; y lo acepta porque cree que, salvando todas las dificultades y todas las deficiencias, establece un principio fundamental que es necesario y conveniente establecer.

Porque, por una parte, no estamos, ni por razón del número y origen de nuestra población ni por razón de los adelantos militares de nuestro ejército, en situación de poder decir lo que han dicho la Francia, la Alemania y las naciones más adelantadas de Europa: nadie ingresará á nuestro ejército si no es de nuestra nacionalidad. Eso sería, á juicio de la comisión, un artículo que significaría una petulancia injustificada. Por otra, la minoría de la comisión cree que es necesario y conveniente que todos los que quieran ingresar con carácter permanente y definitivo al ejército argentino sean argentinos por nacimiento ó por naturalización. Si adquieren los derechos, que contraigan todas las obligaciones que la ciudadanía les impone; y no piensa la minoría de la comisión que sería justo incorporar á oficiales extranjeros ó á clases que vendrían por sus contratos á entrar á nuestro ejército con grados superiores, dándoles las ventajas, del punto de vista de las pensiones y del retiro, que tienen los que han hecho su carrera grado por grado, prestando verdaderos servicios y sufriendo lo que todos saben que muchos de ellos han sufrido para conquistar la jerarquía que hoy poseen.

Además, no es inútil establecer esa diferencia en una ley. Cuando el poder ejecutivo celebró contratos, no hace mucho tiempo, con distinguidos oficiales extranjeros para que vinieran á prestar servicios como instructores en el país, sintió la necesidad de darles alguna

jerarquía militar y se inventó entonces—mejor dicho no se inventó porque ya había sido acordada una ó dos veces anteriormente—esta clasificación de jerarquías honorarias, jerarquías que no estaban justificadas por ningún texto legal, creando una situación verdaderamente anómala. Recuerdo que esto motivó una interpelación en esta cámara que la mayoría rechazó, por nuestro sentido compañero el señor general Bosch, para averiguar con qué facultades el poder ejecutivo había otorgado grados honorarios que no existen por nuestras leyes.

Entonces, estableciendo ahora este doble carácter, el del militar que tiene la jerarquía y la propiedad permanente de su grado con todas las obligaciones, pero también con todos los derechos que le da su grado, y el del militar que viene bien remunerado por un contrato á prestar servicios muy apreciables y que no estamos en condiciones de rehusar, quedan salvadas todas las dificultades.

Me parece, pues, que el artículo, en la forma propuesta por el señor ministro, es conveniente y salva la situación anómala en que hoy se encuentran esos oficiales extranjeros, permitiendo también la incorporación al ejército de la masa enorme de extranjeros residentes en el país que vendrían á confundirse con nosotros en caso de peligro nacional.

Me parece que sin tener inconveniente alguno presenta una resolución clara y sencilla de todas estas dificultades.

Por estas razones, señor presidente, la minoría de la comisión acepta el artículo propuesto.

**Sr. Vivanco (P.)**—Pido la palabra.

No me he dado cuenta bien, ni por las palabras del señor ministro ni por las del miembro informante de la minoría de la comisión, del alcance que tiene la palabra *permanente*, porque este artículo se refiere á la formación total del ejército. Esta formación total del ejército se hace por conscripción, por medio del servicio militar obligatorio, en una época determinada; de tal modo que, concluido el término que la ley fija como *mínimum* de servicio obligatorio en las filas, ha desaparecido de ellas el soldado que prestaba esos servicios y, por consiguiente, no se comprende qué aplicación, tendría en éste acaso la palabra *permanente*.

Ahora, si ella se refiere únicamente á los oficiales ó á las clases, no interpreta bien el espíritu ni el alcance de la discusión á que dió lugar en la sesión anterior, porque no se quiso referir esa discusión á las clases, sino á la totalidad del ejército, fueran clases ó tropa. De aquí nació la dificultad, por la imposibilidad de que, votado el artículo 3º tal como lo proponía la comisión, quedarán en igualdad de condiciones los extranjeros ya incorporados al ejército en calidad de clases.

Si lo que se busca con las palabras *en adelante* es legalizar la situación actual de los extranjeros que no tienen carta de ciudadanía, bastaría sencillamente dejar constatado que esto no puede comprender á los que han hecho su carrera en el ejército desde los grados inferiores hasta el de jefe, hasta el de general de división, por ejemplo, como existe alguno actualmente.

Si, además, se quiere prever el caso de pensión ó de retiro ó de jubilación militar, bastaría con que en la ley respectiva de pensiones ó de retiro militar se establezca que no hay el derecho á la pensión ó al retiro si no es ciudadano argentino el militar retirado ó pensionado.

Pero me parece que en ningún caso la reforma viene á satisfacer las dudas ni la insuficiencia que se encontraban en el artículo 3º.

He de insistir en las ideas que he manifestado en la sesión anterior. Pienso que si no se ha de dejar al poder ejecutivo, expresamente en la ley, la libertad de poder utilizar los servicios, ya sea transitoriamente, ya sea de una manera permanente, de los extranjeros que quieran incorporarse al ejército en las condiciones de la ley, lo mejor es dejar esta materia librada al poder ejecutivo en el sentido que indicaba el señor diputado por Buenos Aires, retirando el artículo.

No tengo para que repetir los motivos que me indujeron en la sesión anterior á no aceptar tampoco la reforma propuesta por el señor diputado por Tucumán. La creo, y me ratifico en lo que dije en la sesión anterior, de una constitucionalidad muy dudosa.

Por este motivo, y mientras no se me explique de una manera satisfactoria el alcance de las palabras *en adelante* y *permanente*, he de pensar que el artículo modificado no salva absolutamente ninguna de las observaciones que se

han hecho al despacho primitivo de la comisión.

Nada más, señor.

**Sr. Carlés**—Pido la palabra.

Previamente rogaría al señor secretario se sirviera leer el artículo proyectado por el señor diputado por Tucumán.

—Se lee:

«Podrán ser admitidos extranjeros en el ejército nacional, quedando por ese hecho naturalizados argentinos.»

**Sr. Carlés**—Bien, señor presidente: como lo manifesté en la anterior, mi propósito no ha sido tanto ilustrar este asunto con luces militares, de que carezco, sino encontrar algo más en esta ley, y es el propósito de una sociología útil, adaptable y propia á nuestro país. Creo que si por este medio logramos facilitar la incorporación del extranjero á la familia argentina, habremos adelantado un paso que nuestros mayores nos han incitado á dar.

Se ha afirmado en este instante que el artículo propuesto por el señor diputado por Tucumán es de una constitucionalidad dudosa.

No lo creo, señor presidente. Pudo haberlo sido á regir nuestras instituciones políticas las constituciones de los años 19 ó 26, inspiradas, como todos saben, en aquel propósito de asegurar la independencia y la libertad, la seguridad, mejor dicho, de nuestro territorio, contra toda intervención ó influencia extranjera.

En aquellas constituciones, indudablemente, se manifestaba cierta repulsión al extranjero, por lo mismo que tan poca influencia había ejercido en la emancipación política de estos estados. Los constituyentes de entonces trataban al extranjero como lo habían acostumbrado á tratar los españoles antes de la emancipación nacional; de manera que el artículo 4.<sup>o</sup> de la constitución del año 26, inspirada, como lo dice su autor, el deán Funes, en la constitución del año 19, establecía el principio contrario precisamente al que viene á sostener hoy el poder ejecutivo; y eso que se trataba de una constitución esencialmente criolla, no tanto de odio, pero si casi de animadversión, contra el extranjero. Y si mal no recuerdo, ese artículo 4.<sup>o</sup> decía: «El extranjero que combatiese en tropas de mar ó tierra del ejército nacional, será considerado como ciudadano.» Sin embargo, esa misma constitución y las ante-

rioros le negaban á ese extranjero el derecho de ser ciudadano aunque por medios intelectuales, industriales ó científicos hubiese beneficiado al país.

Alberdi, que es uno de los autores más mentados y de los inspiradores más eficaces de la constitución actual, recomienda á los futuros legisladores de su país el sancionar leyes que por cualquier medio vengan á incorporar á la sociabilidad argentina los elementos extranjeros, y dice: Es necesario asimilarlos; es necesario homogeneizarnos con estos hombres que vienen á darnos prosperidad, adelanto y fortuna.

Y digo entonces: si me encuentro con una ley militar, y si por esta ley militar voy á realizar esos grandes propósitos que nuestros mayores tuvieron y que nuestra constitución ha tenido también, por lo mismo que ellos la redactaron y en ellos se inspiró, aprovecho la oportunidad para decir: sancionemos el proyecto propuesto por el poder ejecutivo, siempre que él no se oponga al propuesto por el señor diputado por Tucumán, porque este último tiene un carácter esencialmente sociológico; y como no entiendo de milicias y algo sí de letras y ciencias sociales, me quedo con el proyecto del señor diputado por Tucumán, aun cuando pueda no disentir con el del señor ministro de la guerra.

También hay otra razón. Quizás se ha dicho, como se dijo en la sesión anterior, que no fuese la oportunidad de presentar un proyecto de ley que viniera á modificar las leyes recordadas por el señor diputado por Córdoba. No, señor presidente. En este punto voy á tener que disentir; no soy de aquellos que siguiendo la costumbre quizás latina, procuran reformar las leyes por otras leyes. No, señor; sigo el procedimiento anglo sajón, de aplicar el remedio en donde se presenta la necesidad. Si se nos presenta la oportunidad de sancionar un buen principio sin necesidad de derogar una ley, hagámoslo; así adelantaremos el primer paso para que, cuando demos el segundo, ya esté aceptada la ley. Se nos presenta ahora un caso para que los extranjeros puedan naturalizarse. Aprovechemos la ocasión y sancionemos la disposición, y el día que se dicte la ley ya de reforma manifiesta y clara de las leyes de ciudadanía, habremos adelantado este paso, ya habremos aprovechado esta experiencia, que tendrá grandes beneficios, porque estará fundada en un hecho real y exacto,



cual es la manifestación tácita que hace el extranjero al incorporarse á la sociabilidad argentina, tanto más importante cuanto que al ingresar al ejército, entrega su vida y casi su libertad al país.

He hecho esta manifestación para que se vea cómo no es contradictoria mi situación si voto el proyecto del señor ministro y la indicación hecha por el señor diputado por Tucumán.

**Sr. Vivanco (P.)**—Pido la palabra.

Empezaré por repetir las declaraciones que hice en la sesión anterior. No está en debate si hay ó no conveniencia en que los extranjeros entren ó no al ejército, puesto que se desprende de las exposiciones que se han hecho que todos están conformes en dejar al poder ejecutivo la mayor amplitud para que admita ó no el servicio de los extranjeros; á lo que me he opuesto es á que se sancione la fórmula del artículo. No es posible andar buscando disposiciones de un carácter especial en una serie de leyes distintas, todo debe estar en su sitio.

Pero es que la constitución actual, no obstante las reformas que el señor diputado que me ha precedido en el uso de la palabra ha recordado, no se diferencia tanto en este propósito.

La constitución argentina es muy amplia y liberal para los extranjeros, eximiéndolos del servicio militar por término de diez años, contados desde el día que obtengan su carta de ciudadanía, y eximiéndolos de pagar contribuciones forzosas y extraordinarias; pero la constitución agrega en la parte final del artículo 20 estas palabras, sobre las cuales llamo especialmente la atención de la cámara y del señor diputado por Santa Fe: «Tienen naturalización residiendo dos años continuos en la nación; pero la autoridad puede acortar este término á favor del que lo solicite alegando y probando servicios á la República.»

Es decir, que hay que solicitar la disminución de los dos años y justificar los servicios prestados. Poner aquí que por el hecho de incorporarse al ejército se adquiere la ciudadanía argentina es alterar los términos de la constitución, que exige que se invoquen servicios prestados y no servicios á prestar.

Esta es la razón que tuve y tengo para decir que la reforma sería de un carácter constitucional muy dudoso. Por eso tengo que insistir.

**Sr. Soldati**—Pido la palabra.

Voy á hacer una observación tenden-

te á demostrar que los escrúpulos del señor diputado por Córdoba no tienen razón de ser, pues no tiene nada de inconstitucional el artículo en la forma en que está redactado.

El final del artículo 20 dispone que la autoridad puede acortar este término á favor del que lo solicite alegando y probando servicios á la República. A mi modo de ver, servicio á la República presta el extranjero desde el momento en que se incorpora á las filas del ejército; y sobre todo, hay que hacer constar que cuando entra al ejército lo hace de propia voluntad y contrayendo el compromiso de permanecer en él por un tiempo más ó menos largo, en la categoría de enganchado ó voluntario.

No contradice, pues, en nada el artículo 20 de la constitución, ni contraría tampoco la disposición del artículo 21, según el cual «los ciudadanos por naturalización son libres de prestar ó no este servicio por el término de diez años, desde el día que obtengan su carta de ciudadanía,» pues ésto se refiere al servicio obligatorio y no al servicio voluntario.

En cuanto al artículo proyectado por el señor ministro, en reemplazo del proyectado por el ejecutivo, se aproxima á lo que yo deseo en cuanto permite que los extranjeros sirvan en el ejército nacional, que no consentía el proyecto originario; pero no me satisface plenamente, porque no aprovecha la ocasión de facilitar la naturalización de los extranjeros por medio de un procedimiento breve, que les ahorre lo que á todos repugna: el presentar una solicitud especial.

La afirmación hecha de que no se trata ahora de discutir la ley de naturalización no me parece tampoco un argumento, porque opino, como el señor diputado por Santa Fe, que siempre que se dicten leyes dentro de las cuales puedan aprovecharse medios para facilitar la naturalización de los extranjeros, no se les debe ahorrar. El día que se sancione la ley de ciudadanía se hará constar ella todas las disposiciones dispersas que existan al respecto; pero mientras tanto, podemos aprovechar las ventajas de esas disposiciones tratándose de la organización del ejército, ventajas tan evidentes; que no necesito insistir en ellas.

**Sr. Coronado**—Pido la palabra.

De esta discusión se desprende claramente el propósito de los señores di-

rutados de incorporar al pueblo argentino los extranjeros que manifiesten ese deseo, por medio de su incorporación al ejército.

Nosotros, estudiando ese propósito, creemos haber llegado á la solución de la cuestión.

La primera parte del artículo pertinente de la constitución establece dos años de residencia para poder obtener el derecho de usar de la ciudadanía argentina; otra disposición establece que cuando no tengan esos dos años deben acreditar servicios especiales á la República.

Creemos que podría sancionarse el artículo en la forma siguiente: «Los extranjeros que se incorporen al ejército y tengan dos años de residencia en el país serán ciudadanos argentinos». De manera que un extranjero que está en condiciones de aceptar la ciudadanía queda convertido en ciudadano por el hecho de incorporarse al ejército.

**Sr. Olivera**—Pido la palabra.

Hemos querido todos rehuir cierta discusión y la materia es tan importante que á pesar de esa voluntad manifestada en casi todos los que han hablado, podemos convencernos de que estamos plenamente en esa misma cuestión.

El señor diputado por Córdoba me parece que es el que la ha herido con mayor oportunidad, diciendo: «no es el momento de estudiar este problema con motivo de una ley sobre organización militar»; ha dicho quizá lo más apropiado, lo más discreto.

En síntesis, se puede decir que si el pueblo argentino hubiera querido resolver ese problema, lo habría ya resuelto. No depende de los extranjeros, depende del pueblo argentino. Si no se estudia este problema, es que no es tiempo de resolverlo. Este es el criterio positivo con que deben tratarse ésta y todas las demás cuestiones.

No está, pues, maduro el problema; no es la atmósfera propicia, y la circunspección, la prudencia y el tacto con que todos desean aproximarse á él sin tomarlo de frente, indica que todos tienen temor de apresurar su solución ó abrir desde ya la puerta á ella sin que una discusión previa y ese estado de espíritu que debe anteceder á una resolución grave, se haya pronunciado decididamente en el país.

Yo propongo que nos deslicemos sobre este escollo, porque se trata de un escollo de la ley que estamos tratando.

Hemos aceptado un principio y debe-

mos desarrollarlo con lógica, con precisión, no apartándonos del objetivo principal, que es organizar el ejército de línea con la mayor eficacia que sea posible á nuestro capital en hombres y en dinero.

La modificación propuesta últimamente por el señor diputado por Entre Ríos, es una traba á la incorporación de los extranjeros; casi es el modo de evitar que jamás entren ellos al ejército en las condiciones que han entrado hasta ahora.

Hacer depender la entrada al ejército de una declaración de pérdida de la nacionalidad, es resolver el problema cortándolo.

Es justamente lo que impide al extranjero é impide al argentino encararlo en la forma mas científica; es decir, considerando estos sentimientos íntimos, delicados, que van hasta la superstición en ciertos hombres, quizás en la inmensa mayoría, y que les impide hacer esa declaración que es todavía, en el estado actual de la conciencia humana, mirada por muchísima gente, como una disminución de ciertas calidades que todo el mundo desea hacer permanentes.

Hay una porción de casos que todos los señores diputados conocen más ó menos, de hombres que han estado y están dispuestos á entrar al ejército, á hacer el sacrificio de su sangre; pero no de una disminución de esa calidad, no el de la patria de origen que ellos quieren conservar, que yo llamo una superstición política, pero que ellos llaman un culto por la patria lejana.

¿Qué necesidad, entonces, de sublevar estas supersticiones?

Si lo que buscamos es abrir la puerta al concurso más eficaz, abramosla de par en par; no pongamos en ella un guardián que diga: al entrar se pierde tal ó cual sentimiento, se debe olvidar tal recuerdo que es más ó menos querido.

El concepto de la nacionalidad varía, naturalmente, con la ilustración de cada hombre. Los que creen que han venido al mundo, enviados directamente con una cierta misión, por un Dios, creen también que en el pedazo de tierra en que nacieron debe desarrollarse principalmente la acción que esa potencia les ha encargado. La religión se ha encargado también, por su parte, de desarrollar el mismo tema, haciendo indelebles, permanentes, los recuerdos que atan al hombre al pedazo de tierra en que ha nacido.

Ha venido después la ciencia y ha

demostrado que así como la religión pretende que todos tienen iguales derechos é iguales destinos, hay también la posibilidad de adquirir iguales derechos en todos los puntos de la tierra por el desarrollo de la misma tesis religiosa; pero esto, que es una evolución, se ha hecho en pocos espíritus.

Horacio tiene una bellísima frase: dice que no seremos nunca más que breves inquilinos de las comodidades que gozamos.

El hombre no es sino un inquilino, realmente, y bien pasajero, sobre la tierra; donde quiera que habite, que haga su casa, que organice su familia; ahí es donde tiene su patria, que viene de *padres*, padres; es decir, familia.

Pero cuando por la multiplicidad de las condiciones que la vida moderna ha creado, el hombre tiene que abandonar ese hogar, porque ya no lo encuentra más conveniente, y sitúa su tienda en otra parte, en realidad ha cambiado de patria. El hombre ilustrado no puede tener inconveniente en reconocerlo así, pero el que no es ilustrado, es decir, el inmenso número, continúa viviendo de sentimientos, continúa en él la imaginación ocupando la plaza de la razón; y cualquiera que se haya alejado, por algún tiempo, de su país, habrá notado que éste es un sentimiento intensísimo, tanto más vivo, cuanto más lejos nos hallamos y cuanto menos felices son las condiciones que encontramos en el extranjero. Es verdaderamente una tortura en esa situación, pensar que se debe abandonar hasta la teoría del lazo que lo unía espiritualmente á ese primer foco de las impresiones.

En el fondo de este problema argentino está ese sentimiento, sentimiento que hay que respetar porque tiene una existencia visible y poderosa. Los Estados Unidos han cortado el problema en la misma forma que desearía incidentalmente cortarlo el señor diputado por Entre Ríos y los que han contribuido á la formación de esa proposición. Evitando la discusión sobre ese mismo sentimiento y haciendo obligatoria la adopción de la nueva nacionalidad han podido constituir un país inmenso, que es la mejor prueba de que el concepto de la nacionalidad es un sentimiento que se desvanece con el uso y con la uniformidad de creencias. Los Estados Unidos no constituyen una nacionalidad, ni siquiera una civilización del punto de vista estrictamente científico y propio de una clasificación rigurosa. Es un

amontonamiento; es una multitud de tendencias bravías que luchan en todos los terrenos de la actividad humana, contenidas por dos ó tres principios, que son los que hacen de esa seminacionalidad un estado de cohesión política. Pero el fondo de ese país es realmente de nativos. En el nuestro, si siguiéramos como vamos, pronto habríamos resuelto el problema sin ninguna declaración. El extranjero, que es la mitad más ó menos en número del nativo, se casa en doble número, se reproduce en mucha mayor medida, trabaja mucho más y es generalmente el que recibe en hipoteca los bienes que los argentinos abandonan. Se está haciendo, pues, una transformación; la nacionalidad se está formando sin ninguna declaración. Y en un estado en que reina esta incertidumbre, esta circunspección en todos los espíritus, venir á resolverla con un artículo incidental en una ley de organización militar, no me parece, repito, que sea oportuno. Quizás esta misma discusión adelante el problema, favorezca la formación de una atmósfera propicia para que alguna vez figure en nuestra legislación sin apresuramiento y sin lesión de ningún sentimiento; pero en el momento actual lo que tenemos sobre el tapete es una cuestión de organización militar. Por consiguiente, ya que hemos aceptado el principio del servicio obligatorio debemos llevarlo adelante vigorosamente y sin desviación.

Necesitamos el concurso de la gente más eficaz. El extranjero puede ser parte de ese concurso. Dejemos abierta la puerta al poder ejecutivo para que, según las circunstancias, en el momento y en la medida que lo crea oportuno, use ó no de este recurso sin hacer ninguna declaración legislativa á este respecto.

Esa es mi proposición.

**Sr. Ministro de la guerra**—Pido la palabra.

Quiero agregar únicamente dos palabras á la exposición que he hecho anteriormente, en apoyo del artículo 3º del proyecto del poder ejecutivo.

Como consecuencia natural del establecimiento del principio del servicio obligatorio en nuestra ley de organización militar, forzosamente tiene que venir el de que el ejército sea absolutamente nacional.

El hecho de que admitiésemos en el ejército á ciudadanos extranjeros que no estuviesen naturalizados, haría que el ejército no fuese totalmente nacional;



haría que, si cualquiera de esos individuos que no estuviesen rigurosamente sometidos á nuestras leyes, quisiese, como ha pasado y he podido comprobar en el corto tiempo que hace que me encuentro en el ministerio de la guerra, substraerse á las obligaciones que ha contraído, estaría apoyado por su nacionalidad; y sus propios ministros ó cónsules vendrían á hacer reclamaciones, como ha sucedido, obligando al ministro de la guerra á ordenar que fuesen dados de baja sin cumplir los compromisos que habían contraído, á fin de evitarle al gobierno enojosas cuestiones. Si esos hombres hubiesen sido naturalizados y sometidos plenamente á nuestras leyes militares, no habrían podido abandonar las filas del ejército y habrían sido castigados por la falta de cumplimiento de sus compromisos.

Creo que es absolutamente indispensable, en una ley de servicio militar obligatorio, establecer como consecuencia la nacionalización absoluta del ejército. Solamente en una ley de servicio militar de contratados, de enganchados, es en donde puede admitirse que los extranjeros puedan formar parte del ejército.

He tenido ocasión de decir también en la sesión anterior que ya existe en un artículo de nuestra ley de ascensos la obligación de que para ser oficial en el ejército es necesario ser argentino ó naturalizado. Entonces quiere decir que lo que proponemos ahora es simplemente una concordancia de aquel artículo.

Ahora, señor presidente, el agregado que acabo de proponer á este artículo implica que sólo transitoriamente el poder ejecutivo podrá aceptar el servicio de extranjeros en el ejército, sea en tiempo de paz ó de guerra; pero esa no será nunca la situación normal. Esos individuos permanecerán transitoriamente prestando sus servicios en el ejército y se irán más ó menos pronto de él, sin haber adquirido ninguno de los derechos acordados á los que tienen el compromiso de servir permanente en él.

Por esta razón, señor presidente, insisto en que se mantenga el artículo, porque, lo repito, con el propio elemento nacional nosotros tendremos ocasión, en cualquier circunstancia, de poder movilizar 250,000 argentinos de veinte á cuarenta años, teniendo en cuenta los desechos que estimo en 110,000 hombres en el curso de esos veinte años.

Por consiguiente, si nosotros admitié-

ramos extranjeros, para defender á nuestro país en cualquier eventualidad, no sería porque fuesen precisamente indispensables á nuestras necesidades, sino porque sería justo admitirlos á defender la patria de sus hijos el día que tuviesen estos que batirse por sus derechos. Pero, repito, con los 250,000 argentinos que podemos movilizar nos bastarían para todas las eventualidades que puedan presentarse. (*¡Muy bien!*)

Por lo tanto, persisto en solicitar de la honorable cámara quiera votar el artículo en la forma propuesta.

**Sr. Vivanco (P.)**—Pido la palabra.

Voy á decir muy pocas porque me parece que á pesar de los puntos diversos en que se han colocado los diputados que han tomado parte en este debate, hay en el fondo una coincidencia: se desea que el extranjero no sea excluido del servicio militar cuando él quiera prestarlo.

Desde luego, el ejército de conscriptos no puede ser formado sino por ciudadanos argentinos; no comprende á los extranjeros. Pero en el mismo proyecto que tenemos en discusión, se establece que hay una parte del ejército formado de enganchados. Quiere decir que aquí sería el momento de que el extranjero ofreciera voluntariamente sus servicios y sería también el momento de que el poder ejecutivo aceptara ó no esos servicios. Por eso es que la eliminación del artículo, le da mayor amplitud al poder ejecutivo para admitir ó no admitir el servicio de los extranjeros.

Pero me parece, señor presidente, que se puede repetir aquí una frase célebre: *C'est la même chose, seulement que c'est tout le contraire*.—Es la misma cosa, solamente que es todo lo contrario. (*Risas*). Todos queremos que el extranjero no sea excluido; pero al proponer el artículo, estamos excluyendo al extranjero.

De aquí deduzco, entonces, que lo mejor es eliminar el artículo, y en tal caso aceptamos el criterio del poder ejecutivo y aceptamos el criterio de todos los diputados que han tomado la palabra en este sentido: se admitirá ó no se admitirá el enganche de extranjeros, pero no se excluye la posibilidad de que formen parte del ejército.

Eso es lo que la cámara desea, y con esto habremos consultado todas las supersticiones modernas de que vive la sociedad actual: la superstición de la patria, la superstición religiosa, la su-

perstición del territorio, etc., porque, desgraciadamente, según lo recordaba recién el señor diputado por Buenos Aires, no se compone el mundo de filósofos, y Jesucristo era ciudadano que hablaba y obraba en beneficio de la humanidad; Sócrates se llamaba ciudadano de este mundo, y nosotros somos ciudadanos argentinos nada más; y tenemos que legislar, en consecuencia para la patria argentina.

Nada más.

**Sr. Bouquet Roldán**—Pido la palabra.

He oído razones muy buenas en pro y en contra del artículo 30, pero yo voy á votar por el artículo tal como lo sostiene la minoría de la comisión, porque entiendo que si tratamos de formar un ejército para la República, debemos hacer un ejército de argentinos.

**Sr. Garzón**—Pido la palabra.

Para indicar que el artículo, en todo caso, podría redactarse así:

«No podrán en adelante ingresar al ejército con caracter permanente, sino los argentinos o naturalizados argentinos.

Propongo esta forma para el pago que el otro fuese rechazado.

**Sr. Presidente**—Habiendo asentimiento por parte de la honorable cámara, se pondría á votación el artículo propuesto por el señor ministro y aceptado por la minoría de la comisión.

—Se vota y es aprobado.

—En discusión el artículo 40.

**Sr. Demaría**—Pido la palabra.

La minoría de la comisión, de acuerdo también en este punto con el señor ministro de la guerra, solicita de la cámara la autorizaci6n necesaria para retirar este artículo y reemplazarlo por el que en seguida voy á indicar. Pero previamente deseo explicar á la cámara la raz6n del cambio.

En el artículo tal como venía proyectado por el poder ejecutivo, se excluía de toda obligaci6n del servicio militar á los individuos que hubieran sido condenados por tribunales competentes á penas afflictivas 6 infamantes; pero hemos pensado que si el servicio militar es un honor, también es una carga, y que si es justo excluir á los que han sido objeto de condenas infamantes del honor de formar parte del ejército argentino, no es justo excluirlos de la carga que como ciudadanos argentinos les corresponde en la tarea de la defensa nacional.

Por otra parte, esta clasificaci6n de las penas, en afflictivas 6 infamantes, tomada de la ley francesa, daría lugar á muchas dificultades de aplicaci6n, porque no está bien hecha entre nosotros la clasificaci6n técnica, legal, de las penas.

Después de consultarlo con algunos de nuestros colegas mas versados en el derecho penal, y de acuerdo con este criterio de excluir del honor á los que han sufrido penas infamantes, pero dejándoles la carga, criterio con que estaba conforme también el señor ministro de la guerra, la minoría de la comisi6n ha proyectado el artículo en estos términos: «Los individuos que antes de su incorporaci6n al ejército, o mientras estén incorporados sean condenados por los tribunales competentes por delitos que revelen inmoralidad notoria á juicio del poder ejecutivo, prestarán sus servicios en cuerpos disciplinarios, 6 serán destinados á servicios 6 trabajos especiales, después de cumplir la condena.

Ha sido necesario buscar una fórmula tan amplia como la que establece el artículo, cuando dice: «Los individuos condenados por tribunales competentes por delitos que revelen inmoralidad notoria á juicio del poder ejecutivo», porque no estando hecha en nuestra legislaci6n penal la clasificaci6n de las penas del punto de vista infamante, diré, no podía tampoco tomarse como criterio la duraci6n de la pena, porque bien podría encontrarse muchos casos en que por delitos de sangre un individuo hubiera sido condenado á penas de cuatro 6 cinco años de prisi6n, penas justas del punto de vista del código, y que, sin embargo, no importaran desdoro 6 infamia para el que hubiera sido condenado, mientras que podría un individuo ser condenado á penas mucho menores, de dos á tres meses, por simples raterías, que siempre revelarían en él verdadera inmoralidad.

Y no es posible tampoco, al darse una ley como ésta, por la cual se va á llevar bajo banderas á toda la juventud argentina de veinte años, mezclarlas en los cuerpos con esos individuos de malos antecedentes notorios.

Convengo en que la fórmula proyectada por la comisi6n es un poco amplia, que deja facultades tal vez excesivas al poder ejecutivo; pero no hemos encontrado otra más satisfactoria, y piensa la minoría de la comisi6n que en esta quedarán subsanadas todas las

dificultades que puedan presentarse, haciendo que los condenados por delitos que revelen inmoralidad presten también sus servicios, pero no conjuntamente con los otros jóvenes, sino en las condiciones mencionadas.

**Sr. Ministro de la guerra**—Pido la palabra.

El poder ejecutivo acepta el artículo en la forma que propone la minoría de la comisión.

**Sr. Godoy (M. E.)**—Creo que la palabra *competente* está de más.

**Sr. Demaría**—Podría ponerse: «condena judicial».

**Sr. Gómez (C. F.)**—Pido la palabra.

Para proponer que en lugar de dejar al poder ejecutivo una facultad tan amplia como la que importa la forma en que está radactado el artículo, se diga lo siguiente: «condenados á las penas de penitenciaría, presidio y por delito contra la propiedad.» Me parece que comprendería así con más exactitud el pensamiento de la comisión.

**Sr. Demaría**—Me parece que hay casos en que podría haber condenación á la pena de penitenciaría y que no revelarían inmoralidad en el individuo.

**Sr. Olivera**—Pido la palabra.

Había meditado también sobre este artículo, señor presidente, y había resuelto proponer á la cámara la misma modificación que ahora ocurre á la minoría de la comisión; pero pienso que el artículo, tal como ha sido proyectado, es incompleto, y es posible que nos acerquemos más al pensamiento general con esta otra fórmula que voy á dictar:

«Los conscriptos que estén cumpliendo condenas por violencias personales, que no hayan tenido carácter aleroso, podrán ser llamados por el poder ejecutivo á cumplir su obligación en el ejército».

Se compone este artículo, como se ve, de dos partes principales. La una, se inspira en las mismas razones que dió con tanta claridad el señor diputado por Buenos Aires; la otra, se refiere al carácter de los delitos. Inmoralidad notoria, es demasiado vaga.

Yo no creo que se deba descargar á los delinquentes pasionales, por ejemplo, de la obligación de formar parte del ejército.

No todos los hombres, señor presidente, son aptos para la vida militar. Sólo un exceso de sentimentalismo puede hacer figurar indistintamente á to-

dos los individuos como capaces de la función de matar.

El ejército es una máquina que debe componerse principalmente de hombres-tigres. La presunción de que un hombre muy fuertemente constituido es un hombre tigre, no tiene fundamento científico. La capacidad de la vida militar, en su esencia, que es poder destruir el mayor número de adversarios, no proviene de la musculatura, proviene del espíritu: el coraje es todo espiritual. Los soldados que fueron derrotados en Ulm y Austerlitz eran mucho más grandes, físicamente, que los franceses que los vencieron.

Uno de los coroneles que ha hecho el estudio de esas dos batallas, y que lo hizo, sobre todo, poco después de tener ellas lugar, dando cuenta al consejo aulico de Austria de las probabilidades de reanudar la lucha, decía: «No hay que ilusionarse por la constitución física de nuestros soldados, los franceses son *très chétifs*, es decir, muy chiquitos; pero es preciso verlos en la acción. *Ce sont des vrais diables!*»

De modo que la experiencia toda demuestra que nosotros, al organizar el ejército, debemos buscar principalmente que él sea formado con los hombres más aptos para la función militar.

Ahora bien: los crímenes pasionales son los que dan quizá el mayor número de hombres con esa capacidad. Son resortes incontenibles.

Cierto lenguaje filosófico los llama primitivos, semisalvajes, irresistibles, impulsivos. Pero lo que hay realmente en el fondo es una agresividad marcada, una tendencia á destruir sus semejantes mucho mayor que la del hombre reputado moral.

Hay que agregar, pues, esta consideración á las que presenta el señor miembro informante de la comisión.

Los inmorales de esta clase no sólo no hay porque descargarlos de la obligación de la función militar, sino que pueden llegar á ser buenos soldados.

**Sr. Demaría**—Si me permite el señor diputado...

El artículo propuesto por la comisión no excluye de la obligación militar á los inmorales.

**Sr. Olivera**—Es precisamente por esto que yo propongo esa modificación; sino no habría valido la pena.

Yo no deseo que en el ejército figuren, por ejemplo, los ladrones; no porque sean cobardes, sino porque ese género de agresividad no es aquel que

más utilidad tiene en el ejército. (*Risas*).

—(El señor diputado Demaría hace una observación en voz baja al orador.)

**Sr. Olivera**—Ni aun asimismo; eso desprestigia, desconcierta la disciplina, y hace imposible la marcha regular de un ejército.

No deseo que figure en el ejército otro género de criminales que descubren agresividades totalmente antipáticas ó repugnantes á la civilización y que tampoco van acompañadas por el valor personal, que es el que mayormente debemos buscar en la vida militar.

Ahora bien; hago la limitación de estos pasionales en alevosos é impulsivos, porque evidentemente un aleroso es un peligro en las mismas filas.

La limitación que impone la comisión por ese artículo al poder ejecutivo, de emplear estos delincuentes en cierto género de tareas, es una continuación de las supersticiones de nuestro código penal: es la teoría de la venganza, teoría, para la escuela á que pertenezco, absolutamente absurda. No hay derecho ni conveniencia en vengarse.

Dejo, por mi proposición, librado al criterio del poder ejecutivo lo que haría con esta clase de soldados. Esto ya pertenece á la organización técnica del ejército. Depende de los que manejan directamente los hombres, el empleo que se debe dar á cada uno; no incorporemos á la ley una vieja teoría que, pretendiendo lavar á ciertos delincuentes de la falta de reputación que se liga generalmente al hecho de la prisión, les continúa, sin embargo, por una gran falta de lógica, esa misma falta de reputación, haciendo de ellos soldados rebajados, sospechados, vigilados, dentro del mismo ejército, cuando es muy posible que en el momento del combate los nivele un mismo peligro, un mismo heroísmo. Sería privarlos del estímulo mayor: del que debe encontrar todo individuo en estas condiciones para conducirse lo

más bien que pueda, á fin de borrar con acciones nobles el estigma social que le produce la condena que ha sufrido.

Se evita cuidadosamente el herir todavía á esta clase de soldados por la clasificación de penas que pudieran, aunque ya no figuran en la ley, producir en el espíritu de las gentes, falta de consideración ó de respeto por ellos.

Hay otras consideraciones que nos deben mover en ese sentido sin vacilar. Nuestra justicia actual—esto podemos decirlo ya sin rubor porque lo confesamos día á día en todas las formas, nos lo dice el extranjero, y nos lo prueba el nativo—es la justicia más imperfecta que puede haber. No va á la cárcel todo aquel que debe ir, sino el que no tiene cómo escaparse de ella. El delincuente peligroso, que es únicamente el aleroso, si puede hacerse defender con destreza y aumentar el poder de su defensa con medios pecuniarios, está casi seguro de escapar á toda condena.

Luego, esta es una manera de poner nuevamente á prueba á los que han tenido la desgracia de no poder escapar de las redes de la justicia porque no tuvieron los medios suficientes, favoreciéndolos con la ocasión de que demuestren en un terreno favorable para el país, las verdaderas condiciones que tienen, y esto que si se condujeran ahí, en el ejército, de modo que pudiera clasificárseles de reincidentes, sería muy justo volverlos á la prisión de donde no debieran salir.

He dicho.

—Después de un momento de espera, dice el

**Sr. Presidente**—No hay sino cincuenta y ocho señores diputados presentes.

Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio, siendo las 5 y 25 p. m.